



RECUERDOS DE UNA FAMILIA EN EL SIGLO XX



*Enrique Fernández de Córdoba Calleja
Julio 1999*

RECUERDOS DE UNA FAMILIA EN EL SIGLO XX

Enrique Fernández de Córdoba y Calleja

NOTA PREVIA: este libro se refiere solo a una pequeña parte de la gran familia de los Fernández de Córdoba: a la rama Gondomar y, especialmente, a mis padres, hermanos y a mí mismo. Pero se narran en él cosas de la terrible Guerra Civil (contadas por un testigo presencial, mi padre) y luego de la posguerra, en Madrid y en la Galicia campesina (cómo se vivía, qué costaban las cosas, etc.) que creo que pueden interesaros. Incluyo el primer capítulo y el título del segundo, para tantear vuestro interés. Si este se confirmara (para lo que podéis marcar, al final, la casilla correspondiente) añadiría sucesivos capítulos.

PROLOGO

Durante la terrible guerra civil española de 1936-1939, mi padre escribió un diario, que tituló "**Recuerdos de una Campaña**", en el que cuenta sus vivencias como candidato a fusilado en el Madrid rojo; refugiado en la Embajada de Méjico luego; Oficial de Caballería combatiente en el Ejército de Franco después y, por fin, Teniente Coronel de Estado Mayor en la posguerra.

Es una narración en la que describe, sucintamente, cada día lo ocurrido a su alrededor, aunque aderezada algunas veces con la expresión de sus angustias, esperanzas y alegrías.

Es un documento que supone una pincelada en aquel trágico cuadro histórico y que he querido sacar del cajón donde dormía desde hacía 60 años.

Luego pedí a mis tres hermanos mayores, niños en aquel entonces, que me contaran sus recuerdos del ataque al Cuartel de la Montaña, de los bombardeos, de la huida, una madrugada, con un hatillo de ropa, de la casa de Ferraz, en pleno ataque aéreo, de mi madre con tres niños y a punto de darme a luz; el refugio en casa de su hermana Isabel; el hambre y el miedo y las penurias, sin saber si mi padre estaba vivo; la huida, con documentación falsa, de la zona roja, ahora con tres niños y un bebé, y el viaje agotador, sucio y angustioso, ante el temor a ser detenidos, primero a pie, hasta el punto de salida, luego en autobús a Valencia, después en barco hasta Marsella y luego en tren a Fuenterrabía, lugar del feliz encuentro con mi padre, que subió a buscarnos desde el frente de Madrid, en la Ciudad Universitaria (a un par de kilómetros de nuestro punto de partida) para llevarnos a un maravilloso Gondomar, a salvo y donde había comida, y con la novedad magnífica de sabernos todos vivos.

Mi padre acaba su diario en 1941, justo cuando empiezan mis propios recuerdos, y desde 1940 tengo cuadernos de mi madre, en los que anota la compra y las vicisitudes familiares de cada día. A partir de 1948 empecé yo a escribir, en agendas, teniendo ya 11 años, mis infantiles actividades.

Utilizando esas fuentes, se describen aquí algunos aspectos de la guerra en el Madrid rojo y en el frente y de la vida en el Madrid de la posguerra: qué costaban las cosas; qué se comía; cómo eran los tranvías o los decrépitos taxis con gasógeno; cómo eran las viviendas; cómo se vivía, mucho más cerca del siglo XIX que de hoy.

Cómo era la Galicia campesina y pobre que conocí de niño y de adolescente, con sus carros de bueyes de tecnología celta, sus forzudas mujeres, sus angostas corredoiras recorridas en la noche por "La Santa Compañía", etc.; la aventura de los interminables viajes en tren de carbón entre Madrid y Guillarey, purgatorio premiado con la llegada a la enorme, queridísima, fragante (*) y prometedora casa de Gondomar, con su espléndido bosque y la playa cercana.

Y también cómo eran el colegio, las diversiones, el veraneo y las relaciones con las chicas de un adolescente en aquellos años.

Y todos estas cosas salpimentadas con anécdotas familiares o personales, alguna opinión que se me ha escapado sobre ciertos temas y recuerdos de gente querida que se fue.

Es oportuno escribir esto ahora, cuando se cumplen 100 años del nacimiento de mi madre y 101 del de mi padre, al que tomo prestado la palabra "Recuerdos", del título de su diario de guerra, para titular yo a mi vez estos papeles.

Pero ¿por qué y para qué he escrito todo eso?

Primero por algo tan poco original como que, habiéndome jubilado, vivido no poco y leído mucho, llega el momento de recordar y de ser uno quién cuente cosas.

Y segundo, y sobre todo, por las ganas de contar a mis hijos y nietos y a sus coetáneos, mi versión de lo que fueron esos años en España, sobre lo que tanto se ha tergiversado y tanto se ha mentido y se miente con descaro.

Pero hay un tercer motivo algo chusco: una cierta revancha ante situaciones, tantas veces vividas, en las que, en una reunión o tertulia, un pelmazo, de uno u otro sexo, acapara la conversación contando con prolijidad extrema la desgracia ocurrida al primo de la cuñada de Fulano, siendo generalmente la narración desagradable en sí misma, y desde luego aburridísima, y preguntándose uno ¿pero quién será Fulano?. El pelmazo suele detallar también los problemas de su sobrino para aprobar trigonometría; cuántos pañales y de qué marca y con qué absorbencia usaba su nena hace quince años; las mañas, defectos e ingratitudes de su asistenta; los achaques de su anciana tía Menganita, lo que suele cenar esta y el minucioso tratamiento recetado por el Doctor Zutáñez, cuya hija, por cierto se casó de penalti, porque su novio, que opositaba a Notarías.....

El pelmazo suele especializarse también en divulgar rumores inverosímiles, muchas veces sobre temas de alcoba, que asegura conocer por un testigo presencial, que indudablemente estaba debajo de la cama mientras sucedían los hechos.

Schopenhauer decía que: "*la cantidad de rumores que un hombre puede soportar es inversamente proporcional a su inteligencia*", frase halagadora para mi ego.

Y menos mal si el pelmazo se conforma con aburrirte, porque es frecuente el que, además, sienta la imperiosa necesidad de poner de vuelta y media a cualquier ausente que se mencione, unas veces con jocosidad venenosa y otras con juicios inapelables, dictados desde su propia superioridad axiomática.

Y uno ha pensado mil veces ¡Pero por Dios!, ¡Con tantas cosas interesantes, amenas, curiosas, positivas y divertidas que pasan en la vida!

Bueno, pues también eso, que no me han dejado contar tantas docenas de pelmazos parlanchines, es lo que intentaré plasmar en estos papeles.

A lo largo de la narración, indico en cada año la edad que yo tenía, para que pueda calibrarse la madurez del testigo que cuenta lo que vio.

Me excuso por los frecuentes saltos cronológicos -pero un recuerdo se engancha con otro, sin respetar fechas- y también porque la mención de algunos sucesos puede ser repetitiva, al ser varios testigos los que los cuentan, pero he querido respetar la espontaneidad de sus narraciones.

Acabo este primer tomo en 1953 (año en el que, todavía casi niño acabé el Bachillerato), pensando en completarlo más adelante con otro que incluya desde 1953 hasta el 1998 en que me jubilé, período este último en el que recorrí más de 60 países y "cruce el charco" más o menos otras tantas veces, visitando naciones tan dispares como Suecia, Bolivia, Malta, Checoslovaquia (entonces tras el "Telón de Acero", en pleno "Paraíso" soviético), Indonesia, Túnez o Zambia, con innumerables viajes en avión, tres en trasatlántico, dos safaris en África, etc.

Si alguien disfruta leyendo lo que sigue, aunque sea solo una muy pequeña parte de lo que yo disfruté escribiéndolo, habrá merecido la pena.

Enrique Fernández de Córdoba y Calleja

Julio de 1999

(*) Fragante: Según el diccionario "que produce un olor suave y delicioso". Pero en gallego, "Fraga" es un bosque natural donde conviven ancestralmente pinos, castaños, robles ("carbayos"), laureles, alcornos, avellanos, etc., con los más recientemente allegados eucaliptos y acacias, todos con sus pies de madera bien arropados por una densa manta de helechos y de tojos.

RECUERDOS DE UNA FAMILIA EN EL SIGLO XX

Capítulo 1: 1936- Estalla la Guerra Civil- Mi padre testigo del asalto al Cuartel de la Montaña- Escapa, por minutos, a su detención (y seguro fusilamiento) y se refugia en la Embajada de Méjico- Mi madre y mis hermanos huyen una madrugada de nuestra casa bombardeada- Nazco yo.

Llegué al mundo el día de Inocentes, 28 de Diciembre, de 1936, en el Madrid rojo, en plena guerra civil, con mi padre refugiado en la Embajada de México, tras evitar de milagro que lo asesinaran, y mi madre y mis tres hermanos (Car, 12 años, Sol, 9, Gonzalo, 7) también refugiados en casa de unos parientes, por estar la nuestra bombardeada.

Aunque soy de buena cuna, nada más nacer me metieron, arrojado entre toallas, en el cajón de los zapatos de un armario.

En la zona republicana ser reconocido como cristiano suponía la prisión y seguramente la muerte, como en la antigua Roma. Desde luego era peor aún ser identificado como sacerdote, por lo que todos se disfrazaron de civiles (como también hoy casi todos, sin tener el riesgo de que los fusilen).

Parece ser que los milicianos tenían el truco, en los interrogatorios, de echarles por sorpresa un objeto en las rodillas. Si cerraban éstas para mejor cogerlo, menos mal. Pero si, acostumbrados a la sotana, abrían las piernas, al paredón.

No estaba, pues, el horno para bautizos, así es que una prima de mi padre, tía Pepita Fernández de Córdoba Ziburu (que aún vive, muy viejecita, cuando escribo esto) me dio el agua de socorro. Por supuesto tampoco me inscribieron en el Registro Civil.

Me pusieron el nombre de Enrique por deseo de mi padre, en recuerdo de su primo, muy querido, Enrique Parrella, fusilado por los rojos a finales de Noviembre, en Paracuellos del Jarama, convertido en un matadero donde se produjeron tantos miles de asesinatos.

Según parece, encaré este comienzo nada halagüeño con no poco estoicismo, pues si bien darían ganas de llorar a cualquiera, yo no lo hacía, y siempre me han contado que, al intentarlo, me salían unas muecas extrañas, pero no conseguía arrancar en el lloro.

El 18 de Julio, pocos meses antes de mi aterrizaje, el General Franco se había sublevado, al frente del Ejército del entonces Marruecos español, contra la aparentemente legal pero ilegítima y caótica República española. Muchas guarniciones de la península le siguieron, pero en Madrid el alzamiento había sido aplastado por las masas armadas, que asaltaron el Cuartel de la Montaña, en el actual Paseo de Rosales, asesinando a casi toda la guarnición. Mis padres vivían en la calle de Ferraz nº19, entre Rey Francisco y Quintana, cerca de la esquina con Rosales.

En el Diario de Guerra que escribió mi padre (él lo llamó **"Recuerdos de una Campaña"**) se cuenta todo eso:

"A raíz de las elecciones del 16 de Febrero de 1936, éxito del Frente Popular cuidadosamente elaborado en logias, comités y centros oficiales, el horizonte del país se

iba cubriendo de cada vez más densos nubarrones, dentro de los cuales el menos perspicaz adivinaba fácilmente una violenta convulsión, que sería tanto más violenta cuanto más tiempo tardara en manifestarse.

Los síntomas de la futura contienda iban siendo cada vez más frecuentes y más virulentos, llegando a ser cotidianos los tiroteos callejeros entre grupos de jóvenes de ambas tendencias y lo que fue más grave, produciéndose violentos incidentes entre oficiales del Ejército y grupos de obreros aleccionados, en cuyos incidentes siempre partía la provocación del lado de los obreros y siempre descargaba el peso de la ley (mejor sería llamarla arbitrariedad) sobre los oficiales.

Por aquellos días, un compañero mío llamado Carlos Pizzi, que anduvo conmigo complicado en acciones revolucionarias allá por el famoso 10 de Agosto de 1932, me convidó a tomar café en su casa y cuando se hubo retirado discretamente su mujer y nos hubimos quedado ambos a solas, me habló de cierto complot cívico-militar, para derrumbar el poder rojo que nos sojuzgaba y librar a España de las garras de Rusia.

Sinceramente confieso que las tristes escenas de aquel citado 10 de Agosto se reprodujeron en mi mente, haciéndome pensar que para locuras bastaba una y no logrando de él garantías de más peso que las que en aquel entonces me habían dado, no quise comprometerme de nuevo a ciegas.

Si hice bien o mal, solo Dios puede saberlo.

Posteriormente y por palabras y actitudes sorprendidas a unos y a otros, vi que la cosa se iba concretando y que ocurriría fuera de Madrid, plaza que se abandonaba de momento por no ofrecer garantías sus más altas autoridades militares.

Siempre creí que en el momento preciso, bien unos o bien otros, alguno se acordaría de mí y me avisaría con tiempo suficiente. ¿Cuándo dejará uno de hacerse ilusiones?.

El 13 de Julio de 1936, se descubría el cadáver de Calvo Sotelo (Nota: líder de la oposición en el Congreso), vilmente asesinado por orden del ministro Casares Quiroga y por mano de algunos de sus esbirros, que deshonoraban el uniforme de la Guardia Civil y del cuerpo de Asalto.

Este hecho trascendental llevó la efervescencia a su grado máximo, y raro era el día en que algún amigo "de los enterados", no me anunciaba confidencialmente, en confidencia repetida tantas veces como amigos o conocidos me tropezaba, que aquella noche se daba el golpe.

El 17 del mismo mes, el consabido amigo me colocó el no menos consabido tópico, pero cuando al día siguiente abrí el ABC a primera hora de la mañana, vi en el que las fuerzas leales al Gobierno habían sofocado con facilidad un golpe de mano intentado audazmente por algunas unidades facciosas de la guarnición de Marruecos. Esto ya era algo, pero por más que en mis horas libres de aquel histórico y bendito día me dediqué a indagar lo que había de cierto en la noticia, no pude averiguar nada.

A última hora de la tarde, mi primo Enrique, Alférez de Complemento de Caballería y muchacho lleno de entusiasmo y espíritu militar, me rogaba que advirtiese a su madre de que se iba a pasar unos días a la finca de unos amigos a Torrelodones. (Nota: El tío abuelo Joaquín Fernández de Córdoba y Quesada, su mujer, tía Pepa, y sus hijos, Pepita, Joaquín, Gonzalo y Enrique, los cuatro últimos militares, vivían en el piso encima del de mis padres. Tío Enrique Fernández de Córdoba y Ziburu se fue a defender el entonces llamado "Alto del León", lo que

hicieron con tal bravura un grupo de militares y de Falangistas que se empezó a llamar "El Alto de los Leones", nombre que perdura hoy en día, sin duda porque los socialistas no se dieron cuenta del detalle durante los 14 años que han estado en el poder).

"Este viaje inesperado y la noticia del periódico de la mañana, me hicieron comprender que algo serio estaba ocurriendo.

"El 19 de Julio, domingo, fui con mi mujer y mis hijos a Misa de 10, cerca de casa y cuando oída ésta entrábamos de nuevo en el portal de nuestra casa, oímos a pocos metros, en la misma calle de Ferraz, un tiroteo bastante nutrido. A partir de ese momento los tiroteos fueron constantes entre las fuerzas del Cuartel de la Montaña y grupos armados que las agredían constantemente.

Próximamente a las tres y media de la tarde me telefoneó Pepe García Cernuda (Nota: su cuñado, marido de tía Isabel Calleja, hermana de mi madre) nombrado por D. Antonio Goicoechea Jefe de Renovación Española en Madrid, y me dijo:

- Estáte con cuidado, a las cuatro se echan las tropas a la calle.

Ni qué decir tiene que desde ese momento no me aparté un instante del balcón, dispuesto a echarme yo también a la calle en cuanto salieran del cuartel las primeras tropas para incorporarme a ellas, pero antes de las cuatro, unos aplausos, que me hicieron concebir esperanzas, anunciaban la llegada de las primeras fuerzas gubernamentales, de Asalto y Guardia Civil, las cuales engrosadas con núcleos de milicianos armados y provistas de ametralladoras pesadas, carros blindados y morteros, pronto cercaron el edificio del cuartel.

Pasé la tarde en continua zozobra, viendo cómo a cada momento engrosaban las fuerzas sitiadoras aumentando constantemente su material de guerra, del que hicieron un buen almacén en la tienda de un electricista situada justamente frente a mi casa.

Aquella noche a las tres de la mañana nos sacaban de la cama anunciándonos que de un momento a otro empezaría el bombardeo del cuartel para rendir a sus ocupantes; pocos minutos después mi casa se veía invadida por el resto de los vecinos de ella, que corrían a refugiarse en mi piso por ser el más bajo. (Nota: entre ellos D. Ernesto Laporte, mi estupendo Catedrático de Automóviles en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, que murió hace un par de años).

Pasaron así varias horas sin oírse mas que tiros sueltos pero a las siete en punto de la mañana comenzó el ataque al cuartel con un fuego nutridísimo de fusil y ametralladora, engrosado poco después por las explosiones de las granadas de artillería y de mortero, las bombas de mano y las de aviación.

Desde la galería posterior de mi casa, vigilé el combate lo mejor que pude, asomándome también de vez en cuando con toda clase de precauciones a los balcones de la calle de Ferraz. Así vi como un equipo de soldados de la Montaña comunicaba por heliógrafo con el campamento de Carabanchel, cuyos lejanos cañonazos me anunciaban que también por allí había danza; así vi también como un elegante Capitán de Asalto recibía humildemente órdenes, un tanto bruscas, de un obrero endomingado y así vi también como los entusiastas y heroicos milicianos tuvieron buen cuidado de no ponerse a la vista del cuartel hasta que no vieron en éste la bandera blanca de su rendición.

A eso de las diez de la mañana oímos entre el estruendo cada vez mayor del combate, sonar el timbre del teléfono del piso principal. Tío Joaquín subió a contestar y esa llamada telefónica de una persona amiga, fue el detalle que originó su perdición. Cuando descendía la escalera, un grupo de milicianos y guardias de asalto irrumpía en ella gritando que desde aquella casa se había disparado contra ellos, al tropezar con él le acusaron directamente del hecho, le devolvieron a su casa entre insultos, registraron ésta encontrando unas escopetas de caza, con su licencia correspondiente y unas colgaduras con los colores nacionales. Estos dos terribles crímenes fueron causa de su detención y traslado a la Cárcel Modelo, de la que al cabo de unos meses desapareció no volviéndose a saber nada de él. (Nota: mis hermanas Car y Sol recuerdan que tío Joaquín estuvo una noche detenido en casa, con milicianos de guardia en el portal, luego se lo llevaron).

Sigo yo:

Mi tío abuelo Joaquín Fernández de Córdoba Quesada, hermano de mi abuelo Gonzalo, Conde de Gondomar, debía tener 64 o 65 años y, como trágica curiosidad, fue el único muerto de la familia en la guerra, mientras que todos los hombres Fernández de Córdoba en edad militar estuvieron en el frente; casi todos fueron heridos y uno prisionero - Alfonso, hermano de mi padre- y recibieron no pocas medallas y condecoraciones, pero, gracias a Dios, no hubo ningún muerto.

El tío Joaquín había sido Capitán de la Escolta Real. Al ascender fue a despedirse de Alfonso XIII. El Rey le dijo:

- *¿Pero por qué te vas?*
- *Majestad, he ascendido a Comandante y en la Escolta sólo hay una plaza de ese empleo, que ya está ocupada.*
- *¡Pues a partir de hoy habrá dos plazas de Comandante, tú te quedas!*

Esto se confirma en la Hoja de Servicios de tío Joaquín, donde dice:

"Por Real Orden de 4 de Abril de 1919 fue promovido al empleo de Comandante de Caballería por antigüedad (...) y por otra Real Orden manuscrita de 10 de Abril se le destina a esta Escolta Real" (donde ya estaba).

Cuando yo era Alférez (Nota: sé que los cargos se ponen con minúsculas, pero a mí "me salen" con mayúsculas) y tenía un buen mostacho, fui un día a visitar a tía Pepita, la que me dio el agua de socorro en 1936, hija de tío Joaquín, se sorprendió de mi parecido, de uniforme, con su padre de joven y me regaló una foto que conservo e incluyo con otra foto mía, para comprobar el parecido. Aunque entre ambas fotografías haya un desfase de unos 66 años, pues calculo que la del tío Joaquín debe de ser de 1895 más o menos y la mía es de 1961.

Para comprender mejor lo que sigue, insisto en que mis padres y hermanos vivían en la calle de Ferraz nº 19, en el piso bajo, y que encima, en el "Principal"- como entonces se llamaba- vivían mis tíos abuelos Joaquín y Pepa con sus hijos Pepita, Joaquín, Gonzalo, Enrique y Alfonso Fernández de Córdoba y Ziburu.

Mi padre tenía pues casi un "duplicado": otro Gonzalo Fernández de Córdoba que vivía en la misma casa y era también Teniente de Caballería (Nota: mi padre se había retirado voluntariamente del Ejército el 1 de Diciembre de 1923, después de 13 años, 3 meses y 19 días de

servicio, convencido por los hermanos de mi madre, antimilitares, de que tenía más porvenir en la vida civil).

Esas coincidencias salvaron la vida a mi padre, como luego nos contará él mismo, pero fueron causa también de una anécdota graciosa.

Mi tía Amalia Maldonado, Vizcondesa de Hormaza, que luego se casaría con el tío Gonzalo, fue un día, cuando aún eran novios, a tomar el té a cierta casa, donde casualmente estaba mi madre, que le fue presentada como la Señora de Fernández de Córdoba. Como era el apellido de su novio, sintió curiosidad y preguntó luego a la anfitriona:

- *Esa Señora de Fernández de Córdoba que me has presentado ¿con quién está casada?*
- *Con Gonzalo.*
- *¡Ah! ¿y es militar?*
- *Sí, de Caballería*
- *No vivirá en la calle de Ferraz...*
- *Sí, en el nº 19*
- *¡Y está casado!*
- *¡Claro, y tiene tres hijos y espera el cuarto!*
- *¡Qué sinvergüenza!*

Pero volvamos a la tragedia del 36. Sigue mi padre:

A las once y veinte de la mañana gritos de júbilo en la calle anunciaban la rendición del Cuartel de la Montaña. Inmediatamente una turbamulta de milicianos y milicianas, de mujerzuelas y tipos de aspecto repulsivo, se precipitaban como buitres a la carroña, hambrientos de sangre y de botín. No pasaron muchos minutos sin que una serie de descargas me anunciaran el triste final de aquellos oficiales, cadetes y falangistas que pagaron con su vida la debilidad de unos jefes, también asesinados, que no supieron ni quisieron sublevarse en momento oportuno y en debida forma, pero que a última hora, cuando todo estaba perdido, tuvieron el gesto gallardo de no querer abandonar a sus oficiales y hacerse matar con ellos.

Pocos minutos después, el aspecto de la calle era realmente aterrador por el aspecto de la multitud que la llenaba, llevando cada uno algún trofeo robado en el cuartel.

Tras el Cuartel de la Montaña, primero de los sublevados que se rindió, fueron poco a poco cayendo los demás: Pacífico, Getafe, Campamento, etc., pero en ningún otro se repitieron los asesinatos cometidos en el de La Montaña.

No he de negar que la caída del Cuartel de La Montaña y, en general, el fracaso del Movimiento en Madrid, me deprimió el ánimo terriblemente; empecé a dudar del resultado del Movimiento en su conjunto y a pesar las terribles consecuencias que para España supondría y también, naturalmente, las no menos terribles que caerían sobre mi familia y sobre mí. Fueron unos días de pesadilla, sin más noticias que las que publicaban los rojos, presenciando diariamente toda clase de despojos, injusticias y persecuciones y comprendiendo que mi vida o al menos mi libertad dependían de cualquier hecho fortuito.

Al fin, y tras un poderoso esfuerzo de voluntad y gracias a mi fe cristiana, conseguí dominarme y resignarme a aceptar de antemano todo lo que Dios quisiera enviarme. Adopté el punto de vista de que desde el momento en que había fracasado el Movimiento en Madrid, yo lo tenía todo perdido, vida, familia, casa, etc. y que, por tanto cada día que transcurriese disfrutando de todos esos bienes, era algo nuevo que me encontraba.

De todos modos puede decirse que constantemente estábamos alguno vigilando la calle desde detrás de las persianas y por la noche icuántas veces nos hemos sentado en la cama mi mujer y yo sobresaltados por el fatídico golpear de las portezuelas de algún coche de la F. A. I. que iba en busca de una nueva víctima a la que torturar y asesinar!.

Por entonces ya empezaban las denuncias de porteros, criados, empleados, etc. que por una mezquina venganza destrozaban para siempre un hogar arrancando vilmente la vida a un padre, a veces en presencia de los suyos.

Pocos días después de la detención de tío Joaquín, una noche, a eso de las once, el frenazo de un auto delante de casa nos quitó la poca tranquilidad que solíamos disfrutar a esas horas. Un instante después sonaba el timbre de la puerta. Salí yo a abrir y me encontré a dos policías y dos guardias de Asalto, afortunadamente sin acompañamiento de milicias. Preguntaron por mí y cuando ya me veía camino de la Dirección de Seguridad, uno de ellos me dijo:

- Nos tiene que acompañar, así como su hermano Joaquín.

Enseguida comprendí su error, se trataba de mis primos; con no poco trabajo pude hacérselo comprender y al fin se fueron llevándose una nota con todos mis datos personales y dejándome convencido de que poco tardarían en recibir la orden de venir a por mí. Y efectivamente, unas veces la policía, otras las milicias, hasta once veces fueron a buscarme mientras permanecía encerrado en casa, pero siempre conseguíamos convencerles de que al que buscaban era a mi primo.

Un día se detuvo frente a casa, por la mañana, el automóvil matrícula 9113 de Bilbao y descendieron de él tres hombres y una mujer; uno de los hombres, el jefecillo de aquel coche, alto, delgado, con unos dientes negros y repugnantes, pude averiguar después que se llamaba Vicente, que era un antiguo empleado de coches-cama y uno de los más crueles asesinos de las pandillas rojas madrileñas, contando, entre otros muchos, en su haber, con el asesinato del Marqués de Santa Cruz y de sus dos hijos.

Este temido individuo subió con sus esbirros a casa de mis tíos, y después de registrarla durante más de cuatro horas, por el procedimiento de vaciar cajones, armarios, etc. en el suelo, se marchó llevándose la plata y cuantos objetos de valor encontró. Al bajar la escalera de vuelta del saqueo, llamó en mi casa, pero la muchacha que le abrió la puerta (Nota: se llamaba Balbina) tuvo la sangre fría necesaria para decirle que a nosotros ya nos habían registrado varias veces y nos habían llevado la plata; este último detalle fue sin duda el que le convenció y el que me salvó la vida.

Por otro lado, raro era el día en que no caía alguna pandilla por casa de mis padres buscando bien a uno, bien a otro de la familia y terminando, cuando se convencían de que estaban veraneando, por preguntar por mí, pero el portero siempre contestaba que yo también estaba fuera, salvándome una y otra vez (Nota: mis abuelos Gonzalo y Paca, Condes de Gondomar, tuvieron la suerte increíble de irse de veraneo, a dicho pueblo, el 16 de julio, dos días antes de que estallara la Guerra Civil).

El 24 de Agosto, acababa Carmen de irse a acostar al mismo tiempo que los niños, porque si no éstos tenían miedo, mientras mi cuñado Saturnino y yo nos quedamos en la sala fumando el último pitillo de la noche, cuando de pronto oímos el motor de un avión. Al pronto sólo oímos una explosión lejana, pero poco después, gracias a la luna llena, vimos un magnífico aparato que, con las luces de situación encendidas, se deslizaba majestuosamente calle de Ferraz arriba. Un presentimiento me hizo decir a Saturnino:

- Me voy con Carmen y los niños, no vaya a pasar algo.

Corriendo me dirigí a nuestra alcoba donde ya estaban todos acostados. Apenas entré en ella oí picar al aparato y casi enseguida una enorme detonación hizo temblar la casa. El Cuartel de la Montaña estaba a 50 metros de nuestra alcoba sin ningún edificio entre ambos, así que mandé a mi mujer y a las niñas que se levantaran corriendo y se fueran a la sala, sacando yo al niño de su cama para llevarlo en brazos. Apenas me encontraba con él en el centro de la habitación, cuando sonaron tres explosiones más, la última muy cercana y muy fuerte que hizo saltar, hechos añicos, los cristales del montante, los cuales nos cayeron encima al niño y a mí sin hacernos ni un rasguño.

Desde aquella noche empezó una nueva tortura; los rojos, no sé si por tener mal servicio de escucha o por influencia del miedo, se dedicaron a avisar ataques de la aviación nacional por medio de unas lúgubres sirenas que llegaron a sonar hasta tres veces en una sola noche. (Nota: yo estaba en el vientre de mi madre, pero cada vez que, en una película, oigo las sirenas anunciando bombardeos, se me encoge algo por dentro).

Los rojos obligaban a que a ese aviso, todos los vecinos de Madrid se refugiaran en los sótanos, amenazando con considerar fascista al que por cualquier causa se quedase tranquilamente en su casa.

¿Para qué seguir relatando los procedimientos de persecución y terror que siguieron inventando? Tarjetas de alimentación que luego no servían para nada, quitar las llaves a los serenos, formar comités de vecinos, obligar a los porteros a dar parte diario del movimiento de vecinos de la casa, registros sistemáticos en busca de hombres, invención de una famosa "Quinta Columna" que el día menos pensado se iba a levantar en Madrid a favor de Franco, etc. etc.

Y ni qué decir tiene que cada una de estas medidas traía como consecuencia el asesinato de cientos de hombres y hasta de mujeres de todas las edades.

Más de 20 días estuvo de moda el ejecutar los asesinatos contra los muros del Cuartel de la Montaña en pleno paseo de Rosales.

Mi mujer y yo oíamos las descargas, a veces tres o cuatro en una sola noche, y sabíamos muy bien lo que cada una significaba. También oíamos la algazara de la multitud que como a una fiesta acudía a contemplar las ejecuciones y luego los cadáveres de las infelices víctimas, llegando en ocasiones a cometer con ellas toda clase de profanaciones y horrores.

Así transcurrieron un par de meses, durante los cuales detuvieron a Enrique Parrella, del que hasta ahora tampoco he vuelto a tener noticias.

En los primeros días de Septiembre oí hablar de varios amigos que habían conseguido presentarse en Burgos (Nota: capital de la zona nacional), pasando la frontera con pasaporte cubano, pero como no tengo la menor relación con esa república que a tantos ha salvado, no pude arreglarlo; en cambio conseguí una tarjeta de recomendación para un tal Urquidí,

Consejero de la Embajada de Méjico, el cual, tras una serie de gestiones, me admitió en ésta como refugiado político, mandando un coche oficial a buscarme el día 15 de Septiembre de 1936.

Por cierto que, cuando ya estaba dispuesto para irme, me llamó al teléfono el portero de casa de mis padres, según hacía muy a menudo, para comunicarme siempre nuevas calamidades, y me dijo que acababa de ir un coche de milicianos preguntando por mí y que ante sus amenazas no había tenido más remedio que dar mis señas.

Minutos después llegaba el coche de la Embajada y me iba para siempre de aquella casa, dejando en ella a mi mujer, próxima a dar a luz y a mis tres hijos, dos de los cuales, Marisol y Lalo no he vuelto a ver todavía. ¿Querrá Dios que algún día vuelva a reunirme con los míos?

Sigo yo:

Mi padre se salvó de milagro, primero por ser gente leal el portero de la casa del abuelo y el de Ferraz y la doncella, luego por la coincidencia de nombre, apellidos y empleo militar con su primo Gonzalo que vivía en el piso de encima y por último (a esta altura del relato) por haber llegado el coche que le llevó a la Embajada de México minutos antes que los milicianos que iban ya derechos a por él.

Mi hermana Sol recuerda que la casa de Ferraz 19, bajo derecha, tenía ventanas a Ferraz y, en la fachada posterior, una terraza que daba al llamado "Palacete de Borbón", al otro lado del cual estaba Rosales, y unos 100 metros a la izquierda el Cuartel de la Montaña, y que era la penúltima casa antes del cruce de ambas calles. Dice que cuando el asalto al cuartel entraron algunas balas en casa y que entre los defensores estaba el tío Gonzalo, el mismo que, sin saberlo, salvó la vida a mi padre y que, no sé como, consiguió también salvarse del asalto.

Sí sabemos la forma dramática en que se salvó otro de los defensores, el tío Gonzalo Ceballos Fernández de Córdoba: fusilado por los rojos asaltantes, resultó solo herido y, fingiéndose muerto, salió mezclado con cadáveres de otros fusilados en un camión, del que pudo saltar oportunamente.

Sobre los fusilamientos en Rosales de que habla padre, Sol oía la algazara de milicianos y milicianas jaleando a gritos las descargas.

También se acuerda Sol de las bajadas al sótano cuando había alarmas de bombardeo. Tenían preparada una garrafa de agua, mantas y bocadillos para bajar con todo ello al sótano, donde había un almacén de libros de la editorial Hernando, con los que hacían asientos y un simulacro de tabiques para deslindar el espacio de cada familia. Mamá bajaba con un aspersor de colonia, con el que rociaba a todo el mundo. Y había ratas.

Sol no recuerda el momento en el que padre se fue a la Embajada. Car tampoco, pero no olvida el susto y la angustia cuando, cierta noche que estaban haciendo un registro en casa, se levantó para ir al cuarto de baño y se encontró en el hall a un miliciano de guardia apoyado en su fusil.

El comedor de Ferraz era la única habitación que no tenía ventanas a la calle, y, por tanto, la más segura. Se quitaron los muebles (los que hoy día tengo yo), se pusieron colchones en el suelo y ahí dormían los niños.

En la casa vivían mi madre embarazada, mis tres hermanos, el tío Saturnino Calleja (mi padrino, hermano de mi madre) y la tía Luisita Loma Fernández de Córdoba (prima de mi padre y madrina de Palomiña, mi mujer) con sus tres hijos entonces (luego tuvo otros nueve) Gonzalo, Juan y Blanca, tres niños pequeños. Los cuatro últimos habían aparecido una noche, en camisón y pijama, huyendo del asalto al cuartel de Carabanchel, donde estaba destinado su marido y padre, tío Cirilo Ramiro (tío carnal de Palomiña) que resultó prisionero de los rojos. Según Sol la tía Luisita hizo una promesa para que Dios salvara a su marido: tendría los hijos que Dios quisiera y los recibiría a todos con alegría. El hecho cierto es que tuvo 12, tío Cirilo se salvó de milagro y que todos viven hoy.

También vivían en Ferraz Balbina, la doncella que salvó a padre diciendo a los milicianos que ya se habían llevado la plata, Rosario la cocinera y Adelina la costurera, que acompañó luego a la familia en su evacuación de Madrid.

Cuenta Sol que en la casa de enfrente en Ferraz vivían tres hermanos que fueron detenidos y condenados a muerte pero que una miliciana señaló a uno de ellos y gritó:

¡A ese no, que un día me saludó en la calle con el sombrero!

A los otros dos los fusilaron.

La familia estuvo en Ferraz hasta mediados de Septiembre de 1937, y Car recuerda que pegaban tiras de papel en los espejos y los cristales de las ventanas, pues les habían dicho que así resistían mejor las explosiones, y también que éstas se convirtieron en tan habituales que una noche al sonar las sirenas mamá despertó a Gonzalo y éste le preguntó sobresaltado qué ocurría y al saber que era un aviso de bombardeo dijo:

"¡Que susto, creí que pasaba algo!"

Una noche cayó un proyectil en el edificio de al lado, que se incendió. Mamá decidió entonces que había que abandonar aquella casa inmediatamente. Car no recuerda la fecha exacta, pero sí que el 19 de Septiembre estaban ya en Goya, pues ese día cumplía 13 años y tía Pepita le regaló una cebolla adornada con un lazo, lo que era una gran golosina.

Transcribo lo que cuenta Car en unos papeles que me ha dejado, advirtiendo que es inevitable que algunos detalles se repitan en los diversos testimonios:

"Nací en Septiembre de 1923 coincidiendo con el golpe de estado del General Primo de Rivera.

Y toda la niñez estuvo marcada por los graves problemas que tuvimos hasta la República y luego en la guerra civil.

Cuando iba a hacer la Primera Comunión, ocurrió lo de la quema de conventos, y durante dos años, ni hice la Primera Comunión ni fuimos al colegio. Tuvimos una profesora en casa.

Luego, a los nueve años, entré en el Colegio del Sagrado Corazón (la noche que se fue el Rey), que también estuvo marcado por graves irregularidades, pues muy frecuentemente avisaban que teníamos que desalojar el colegio y nos íbamos en grupito con los primeros padres que llegaban de nuestros barrios.

Las monjas estaban obligadas a vestir de seglar, sin hábito, y las personas mayores que querían manifestar su rechazo a lo que ocurría, llevaban una cruz (los hombres en la solapa) para protestar contra la represión de la religión.

Yo iba al colegio muchas veces con el Rosario en la mano, con la cruz por fuera. En casa no lo sabían, y más tarde se quedaron asombrados y asustados de que lo hubiera hecho!.

Se oían frecuentemente disparos. Bueno, frecuentemente es exagerado, pero sí ocurría. Y varias veces tuvimos que ir por la calle brazos en alto, lo gritaban desde no sé donde.

Los chicos, al salir del colegio (me lo dijo Diego) (Nota: Diego Pedroso, el que luego fue su marido) salían en grupos, porque era peligroso ir solos, por las pandillas que aparecían con cadenas y palos.

Todo esto era vivir de una manera anormal, inquietante.

A pesar de todo, tengo un recuerdo feliz de mi niñez, porque en casa éramos felices y alegres.

Se vivía con enorme austeridad, sobre todo comparado con ahora, pero nos parecía natural. Por supuesto la Coca-Cola no existía y una limonada, de vez en cuando, era un festejo. La televisión tampoco existía. Se hablaba de que quizá un día habría algo así, lo que nos sonaba a cuento de hadas.

El 13 de Julio de 1936 el Gobierno (Nota: el Gobierno republicano del Frente Popular), saca de su casa, de madrugada, a Calvo Sotelo y le fusilan. Era el Jefe de la Oposición política.

Fue la gota de agua que desbordó el vaso, y el 18 de Julio empieza la guerra civil.

Nosotros, yo con 12 años, Mari con 9 y Lalo con 7 (Quique estaba en camino, nació el 28 de Diciembre de ese año) (Nota: luego mi madre estaba embarazada de 4 meses al empezar la guerra) estábamos ya durmiendo cuando vino papá a despertarnos. Era sobre las doce de la noche. Lo primero que oí fue una ametralladora disparando. Y papá que nos dice que, muy tranquilos, nos pongamos la bata y vayamos al salón.

Vivíamos en Ferraz, y la casa por detrás daba a Rosales, casi esquina al Cuartel de la Montaña y nuestro dormitorio daba a Rosales.

Así que fuimos al salón, donde ya estaban otras personas, entre ellas tía Pepa y tío Joaquín, que vivían en el piso encima del nuestro, que era el Primero y parecía más seguro. Bajaron también varios vecinos más.

Tuvimos que ir todos al hall, que era el único sitio sin ventanas. Mis padres nos dijeron, a los niños, que teníamos que estar como quién éramos. ¡Y ni una queja ni un lloro!.

Estuvimos toda la noche oyendo la batalla del ataque rojo al Cuartel. No recuerdo tener sueño. Solo sí angustia. Rezamos toda la noche y esperábamos una llamada de teléfono, que naturalmente no hubo. Sabiendo que varios de los tíos (los cuatro de tío Joaquín y tía Pepa) estaban en los cuarteles y sin más noticias que lo que se oía por la calle.

A primera hora de la mañana (no recuerdo exactamente cuál), nuestro padre se acercó a las ventanas de Rosales y volvió demudado diciendo que había bandera blanca en el cuartel.

Lo que fue horrible es que oímos pasar por Ferraz una horda vociferante y luego empezaron descargas de fusilamientos. Duraron mucho. En mi recuerdo muchísimo. Era horrible. No puedo ni comentar mi, nuestros, sentimientos.

Enseguida volvieron a pasar en dirección opuesta las mismas gentes y yo me escapé a mirar entre las persianas. Me quitaron enseguida de allí, pero ya había visto...

Se habían puesto los gorros militares y guerreras manchados de sangre. No estoy imaginando nada. Fue exactamente así. Luego se supo que habían abierto la Cárcel Modelo (que estaba al otro extremo de Ferraz, donde está hoy día el Ministerio del Aire) a los presos comunes, que eran los que recorrían Ferraz...

(Nota: Car me ha contado que vio pasar una camioneta en la que llevaban dos cadáveres despatarrados boca arriba, y que papá exclamó: "¡Uno es el Doctor Albiñana!". Con la impresión, se le quedó grabado el nombre. También recuerda que tío Gonzalo, escapado del Cuartel de la Montaña, telefoneó, y su hermana, tía Pepita, le dijo que no se le ocurriera volver a casa, "porque tenían el sarampión y era muy peligroso").

El otro recuerdo de esa mañana, muy temprano, es que vinieron milicianos buscando a tío Joaquín (supongo que sabían que sus hijos eran militares en activo). Desgraciadamente los tíos habían subido a su casa para arreglarse, supongo, y le detuvieron. Aunque lo absurdo de circunstancias tan anormales es que dijeron que volverían a buscarle más tarde y pusieron guardia. (Nota: mi padre ha contado antes lo que realmente sucedió).

Fue angustioso ver como intentaba la familia que se escapara por detrás, pero resultó imposible. Solo tenía 60 años, pero descolgarse por la fachada trasera era para jóvenes escaladores. Vinieron y se le llevaron. Nunca creímos que sería, como fue, para fusilarle cobardemente en Noviembre, en que sacaron a los presos políticos y los mataron en Paracuellos. Tengo una carta de mi padre (cuando entró en Madrid en 1939, al fin de la guerra), a tía Pepita, hija de tío Joaquín, diciéndoselo.

Esa misma mañana llegaron de improviso tía Luisita Loma (hija de tía Luisa, la hermana pequeña del abuelo Gondomar) con sus tres hijos pequeñitos. Venían en camión y bata, no les dejaron ni vestirse, y los trajeron en camiones a Madrid. Estaban en el Cuartel de Artillería de Carabanchel, que también tomaron los milicianos. Cirilo Ramiro, marido de Luisita, se salvó. Naturalmente no lo sabíamos. Luisita dijo que hacía la promesa de sí se salvaba, tener 12 hijos con alegría. Cirilo se salvó y sí tuvieron justo 12 hijos!

Se quedaron a vivir en casa de momento y vivíamos como gitanos!. El comedor también era un cuarto protegido, así es que se llenó el suelo de colchones y allí dormíamos, no recuerdo si solo los niños. En casa vivía siempre con nosotros tío Saturnino Calleja, hermano de mi madre, y creo que los padres y tío Satur durmieron en sus cuartos.

Como increíblemente, a mi edad, no tenía ni idea de cómo venían los niños, aunque sí de que era de forma natural, no con cigüeña, me acababa de enterar de que Quique estaba en camino, y me puse a tejer un chal con tal entusiasmo que tía Pepa le dijo a mamá que me iba a poner mala!.

Hay un recuerdo que me impresionó terriblemente. Más o menos el 20 o 21 de Julio, vino a casa ...(¿?)...Morenés, (casada con Manolo Alvarez de Toledo, Marqués de Navarrés) que estaba en avanzado estado de gestación, a preguntar a papá qué podía hacer para salvar a su marido, al que ya habían detenido. Y era imposible hacer nada. A padre ya le habían venido a buscar también dos o tres veces, y tuvo la inmensa suerte de que tío Gonzalo Fernández de Córdoba, su primo, vivía arriba, y como no estaba y el portero decía a los milicianos que era en ese piso, no encontraron a papá. Pero naturalmente estaban buscando donde refugiarse, y no sé como, fue en la Embajada de Méjico donde le acogieron. Las detenciones eran los primeros días por tener apellidos digamos históricos.

También se refugiaron en Méjico tío Rafael Calleja y tío Pepe Cernuda. (Nota: y luego los primos, Pepe y Fernando Cernuda, que tenían, respectivamente, 20 y 17 años).

La Embajada estaba en La Castellana, dando a Fortuny por detrás. Había más de 300 personas. Se puede comprender el hacinamiento, las dificultades para higiene, etc...

El Embajador se portó admirablemente con mi padre, y les dejó a 8 refugiados (los tres entre ellos) vivir en una casita diminuta en el jardín, dando a La Castellana. Debía ser para un portero. Y además les dio unas pistolas y les dijo que, si los rojos atacaban la Embajada (cosa que había ocurrido con la de Finlandia y con otra), que se defendieran y "que no los cazaran como a conejos".

Nosotros seguíamos en Ferraz. Difícil. Estábamos, se puede decir, en la primera línea de fuego!. Las tropas nacionales enfrente, y los rojos pusieron baterías de artillería en las dos bocacalles que flanqueaban la manzana de nuestra casa (Nota: Evaristo San Miguel y Rey Francisco), así que el bombardeo en las dos direcciones era frecuente, aunque no continuo. Luego empezaron los aviones.

En un momento dado, obligaron a todo el mundo a bajar a los sótanos si había incursiones.

Nos parecía, y lo era, horrible bajar, pero si había una inspección y te encontraban en casa, te podían detener.

En el sótano se puede imaginar el ambiente, la falta de aire y de confort!!. Recuerdo que una noche vi una horrible , y según yo enorme, rata que subía por donde Lalo estaba dormido.

Pero es increíble la capacidad de aguante que se tiene. Pienso en mamá, esperando ya muy avanzada y en tales circunstancias. Nunca desfalleció, y nos animaba.

Todavía los primeros meses, el servicio que teníamos seguía, y una doncella, a la que siempre quedamos tan agradecidos, una vez que vinieron los milicianos a nuestro piso preguntando por papá, ella les dijo que no estaba (y sí, aún estaba, fue en los primerísimos días) , y que no valía la pena de registrar, porque otros se habían llevado ya la plata (lo que no era verdad todavía), y con ese argumento les desanimó y no entraron. Supongo que, si llegan a entrar, a la primera que detienen y fusilan es a ella. Desgraciadamente, algo más tarde se fue con su novio y no conseguimos saber más de ella. Rezo porque fuera feliz.

Como nuestro padre era militar y tío Joaquín y sus dos hijos mayores también, y los cuatro, más los otros dos hijos de tío Joaquín, Enrique y Alfonso, todos eran cazadores, quiere decir que los dos pisos parecían armerías. Y había que quitar al menos las pistolas. Entonces salíamos mamá y yo (y supongo que tía Pepa por su lado), a tirarlas por las alcantarillas de la calle. Había que esperar que no hubiera nadie a la vista, cosa que hoy en día parece imposible, pero que en aquel Madrid sí ocurría.

Mamá me preparaba para que, si nos detenían y nos interrogaban, estar las dos de acuerdo sobre de qué íbamos hablando, de donde veníamos y adonde íbamos. Yo con 12 años. Había que madurar!.

Luego una noche, estábamos en el sótano, en pleno bombardeo, y cayó una bomba incendiaria (por lo que nos dijeron), en nuestra casa. Mamá vio que teníamos que irnos. Así que subimos al piso las dos, pusimos en unas sábanas, unas mudas y jerseys, nos las echamos al hombro y bajamos a por Mari y Lalo. Yo supongo que mamá cogería lo que

hubiera en casa de dinero y joyas (pocas, porque como era verano, lo importante ya estaba guardado en el Banco, de donde desaparecieron...y nunca se recuperó nada), pero mi recuerdo es que lo hicimos a toda velocidad y la sensación de que abandonábamos la casa y todas nuestras cosas...

Y con mamá ya muy abultada y nosotros tres, nos echamos a andar por mitad de la calle de Ferraz, por miedo a derrumbamientos, en pleno bombardeo, en dirección a la Plaza de España.

Tuvimos la suerte de que venía un coche que tuvo que parar, al ir nosotros por mitad de la calle. Y mamá se acercó a pedir que nos llevara. Iba solo un hombre joven, que nos dijo que venía huyendo de las fuerzas de Franco, que entraban en Madrid y que no podía (Nota: el muchacho, de puro canguelo, veía visiones, pues los nacionales tardaron aún más de dos años en entrar en Madrid). Le recuerdo, creo que hasta su cara, de la impresión de ver a un hombre tan asustado y nosotros dominando el miedo. Al fin dijo que no podría llevarnos más que a la Puerta del Sol. Mamá dijo que bueno y subimos. Y al llegar a la Puerta del Sol, mamá le dijo que no nos bajaríamos del coche, que tenía que llevarnos a la calle de Hermosilla (donde estaba tía Pilar, su hermana, con Pili y Cris). El hombre cedió, y supongo que sobre las 4 de la mañana llamábamos al timbre. Abrió tía Pilar y mamá entonces, rendida, se echó a llorar, cosa que naturalmente copiamos nosotros tres.

Recuerdo qué sollozos de llegar a un refugio de momento. Estábamos, además, rendidos de cansancio y mamá imagino que al borde de sus fuerzas físicas.

Sigo yo:

Tía Pilar y su marido, tío Paco Sanguino, se refugiaron pocos días después, en la Embajada de Haití, y mi madre y mis hermanos se instalaron entonces en la calle de Goya nº 24, en casa de tía Isabel Calleja, la hermana mayor de mamá, cuyo marido, tío Pepe García-Cernuda estaba también refugiado en la Embajada de México con mi padre, así como tío Rafael Calleja, el hermano mayor de mi madre.

En el piso de Goya estaban tía Isabel y sus hijas, Isabel María y Maité; mi madre y mis tres hermanos; tía Pepa Ziburu y su hija, tía Pepita Fernández de Córdoba Ziburu; "Madrina", hermana de tío Pepe; Fernandito Castañón, primo de los Cernuda; dos monjas y seis personas de servicio. En total 19 personas.

Pasaron mucha hambre. Sol recuerda colas para comprar cacahuetes y comer harina disuelta en agua, arroz cocido sin sal, pues ésta se había acabado y que un día descubrió mamá en una farmacia unos frascos de cierto reconstituyente y los compró todos. ¿con qué dinero? De eso no se acuerda. Para encender la cocina una de las monjas dijo que en su convento se usaban a veces trozos de neumáticos viejos. Consiguieron algunos y así lograron un fuego que producía un humo denso y pestilente.

Por aquellos días se organizaron las expediciones de niños españoles a Rusia (muchos de los cuales, setentones, sobreviven aún en tan lejanas tierras) y Sol y Gonzalo estaban incluidos en las edades requeridas, por lo que se pasó la angustia añadida de que fueran apuntados en las listas para llevárselos allí.

Car, a su vez, se acuerda que al pasar por la pequeña calle, detrás de casa de tío Luis, que sale de Príncipe de Vergara (debe ser la calle de Espartinas) vio la escena desgarradora de una mujeres desmelenadas, gritando desesperadas porque acababan de arrancarles a la fuerza a sus hijos para llevárselos a Rusia.

A todas estas, el Día de Inocentes de hace exactamente 61 años (escribo esto el 28-12-1997) vine yo al mundo a las dos de la mañana y, como decía al principio, me metieron en un cajón de zapatos.

Sigue el diario de mi padre:

"El 15 de Septiembre de 1936 a las tres y media de la tarde entraba al edificio que en Fortuny 18 tenía la Embajada de Méjico y en el cuál había de pasar seis meses de los más amargos de mi vida. Allí pasé hambre, humillaciones, trabajos y malos ratos (Nota: su foto hecha en la embajada, que incluyo en la portada, lo dice todo) pero tuve dos compensaciones, una las visitas que pudo hacerme mi mujer, ratos inolvidables de sentir intenso, en los cuales he sabido lo que es querer de verdad a una persona; la otra compensación fue las amistades que allí anudé, amistades profundas y sinceras de hombres que conviven en medio trágico, desnudos de conveniencias sociales, enseñando cada uno la verdad de su yo, forzados muchas veces a desahogar sus corazones en íntimas confidencias que les unían o repelían con fuerza invencible.

Toda nuestra vida sentimental, en algunos tan intensa, no tenía otro camino que el de la amistad y en aquel medio hostil, los que coincidíamos en cariño sincero y profundo a los nuestros, los que rabiábamos al oír el lejano ruido de los combates por vernos forzados a aquella odiosa ociosidad bélica, llegábamos a coincidir de tal manera en pensamientos y sentimientos que a veces teníamos que disimular con algunas fuertes bromas varoniles la emoción que por momentos nos dominaba.

¿Dónde se podrá reunir un grupo de hombres como algunos de los que allí había. Aquel grupo de marinos, los dos hermanos Carrero (Nota: sin duda Carrero Blanco, uno de los cuales, Luis, fue luego Presidente del Gobierno de Franco y fue asesinado por la ETA) , Almagro, Alvar, González, Gamboa, López Dieguez, etc., aquellos militares como Méndez Parada, López Blanco, Meer, Lossada y otros, aquellos muchachos como Tordesillas, Piqueras, Curull y varios más. Nunca he visto hombres que reúnan tal cantidad de nobleza, desinterés, amor a España, moralidad y tantas otras cualidades.

iQué contraste en cambio entre aquéllos y otros en los cuales no se veía mas que vicio y sobre todo pancismo!, gente que con tal de comer un poco más o de disfrutar de algunas ventajas materiales vedadas a los compañeros, no vacilaban en cometer toda clase de bajezas. A éstos no los cito: los que estábamos allí sabemos de sobra sus nombres, con esto basta.

Una noche el propio Embajador telefoneó que estuviéramos preparados a que las masas rojas asaltaran la Embajada, noche que nos pasamos vestidos de pies a cabeza, con las armas preparadas, dispuestos los ocho que estábamos destacados en "el blocao" (Nota: una pequeña construcción en el jardín, en la esquina de La Castellana con la calle de Jenner. Me acuerdo muy bien de ella, pues al saber que mi padre estuvo refugiado allí, la miraba con nostalgia cada vez que pasaba por la Castellana. Hará unos 10 o 15 años que la derribaron) y que éramos Méndez Paradas, G. Cernuda, Soler, Mosso, Echánove, López Blanco, Pérez del Camino y yo, a resistir el ataque mientras fuera humanamente posible. (Nota: de los casi 500 refugiados en la Embajada uno de los ocho defensores era mi padre y otro mi tío Pepe García Cernuda. Car dice que tenían las únicas ocho pistolas de que se disponía).

Otras veces las emociones eran sentimentales iCon qué entusiasmo y fervor adornábamos "el blocao" y preparábamos unas suculentas sopas de ajo, nuestro plato de lujo, cuando la mujer de Méndez, Cernuda o mía iban a comer con nosotros! iCómo nos compenetrábamos unos con otros en nuestro cariño a ellas!, iY cómo disfrutábamos, no

negaré que con cierta elevada dosis de envidia, los que estábamos viudos aquel día, viendo la felicidad del que tenía con él a su mujer!

Durante los ocho meses que abarca lo que llevo relatado, las noticias de la guerra eran cada vez mejores en cuanto a su resultado definitivo, pero cada vez peores en cuanto a su duración. La intervención de rusos, franceses, checos y en general de toda la escoria internacional, bien pertrechada de moderno material por los mercachifles del mundo entero por un lado, y la ayuda que a la santa causa nacional prestaron Alemania, Italia, Portugal y en general toda la masa derechista del mundo, convirtieron nuestra modesta guerra civil en una formidable guerra mundial de Rusia contra Roma, del bien contra el mal, guerra desarrollada en España, de la que los españoles aguantábamos la mayor parte, cumpliendo el hermoso pero terrible sino de salvar a Europa de las tres peores invasiones que la han amenazado en su vida histórica: primero la árabe, luego la turca, ahora la asiática.

Sigo yo:

Respecto a los franceses, los hubo en los dos bandos, quizá como un precedente a las "Dos Francias" de la entonces próxima guerra mundial: la de Vichy y la de De Gaulle.

En los años sesenta, cuando vivía en casa de mis hermanos Car y Diego (después de morir mi madre) conocí a un amigo suyo, Michel de Dequer, que acababa de licenciarse después de 25 años de guerra ininterrumpida: en 1936 era un joven Teniente del Ejército francés. Vio por la calle en París a una turbamulta de comunistas que iban a enrolarse en las Brigadas Internacionales para ayudar a los rojos en España. Pensó que tendría que haber también algún francés en el otro bando, vino a España y se enroló en la Legión como soldado.

Cuando acabó nuestra guerra se reincorporó al Ejército Francés y combatió en la inmediata guerra mundial, luego empalmó con Indochina y después con Argelia. Era un prototipo de "Los Centuriones" de Jean Larteguy (Nota: interesante libro de magnífico prólogo). Hablaba perfectamente un español "legionario" que no se atrevía a utilizar si había señoras delante.

Sigue mi padre:

Las batallas de Badajoz, Talavera, Toledo, etc. nos hicieron concebir la ilusión de que Madrid se vería forzado a rendirse de un momento a otro y ni siquiera cuando vimos que después de ocupada la Ciudad Universitaria, nuestro Ejército hacía un alto de cuatro meses, nos quisimos convencer de que había un enemigo que vencer y un enemigo duro, numeroso y muy bien armado.

En cuanto a mi vida particular se deslizaba monótona y aburrida en la Embajada; supe que habían vuelto a buscarme varias veces, pero ya directamente a mí, sin que sirviera de nada la similitud de nombres con mi primo. De mi familia supe que habían tenido que evacuar nuestra casa y refugiarse en la de Isabel y Pepe (Cernuda) en Goya 24, después de pasar cuatro días con sus noches hacinados en un sótano, aguantando el bombardeo de nuestra artillería y aviación.

El 31 de Diciembre me enteré, con la natural emoción, de que mi mujer había tenido un niño, al que llamamos Enrique, el día 28 a las dos de la mañana. Esta noticia me tranquilizó por un lado, porque había sido mi constante pesadilla el estado de mi mujer en aquellas circunstancias, pero me creó una nueva preocupación, pensando en cómo podría

reponerse la madre y cómo criarse el niño, dada la gran escasez de víveres que ya por entonces había en Madrid. Al niño le he visto tres veces nada más y mucho me temo que sean las únicas.

Sigo yo:

Car recuerda que el parto se produjo con tanto sigilo que la noche del 27 mis hermanos se acostaron y, al levantarse, ya estaba yo en mi cajón de zapatos, sin que se hubieran enterado de nada. Y eso en un piso, con la escasez de medios que había (me imagino la clásica escena de película, preparando agua caliente y toallas limpias como todo equipo sanitario), con mamá subalimentada y en un estado de angustia y de alta tensión nerviosa y con una caritativa monja por toda ayuda facultativa.

Mamá debió sufrir mucho y quedó muy debilitada. Car oyó cómo la monjita la conminaba a que se comiera dos huevos, extraordinario banquete, que se habían conseguido milagrosamente, diciéndola que qué sería de nosotros si ella no sobrevivía.

A mí me alimentaron con leche condensada que Car iba a buscar a la Embajada Suiza, aunque no recuerda ni cómo conseguimos que nos la dieran ni donde estaba dicha Embajada.

Incluyo una foto de mi madre y los cuatro hermanos, hecha, un par de meses después, para la documentación falsa con la que pudimos huir de Madrid, como se contará en el segundo capítulo.

Capítulo 2: 1937- Mi padre Jefe de Cocina en la embajada de Méjico, de la que es evacuado y consigue llegar a Francia con otros militares- Es readmitido en el Ejército Nacional- Se incorpora al frente de guerra en la Ciudad Universitaria, como Capitán de Caballería- Mi madre, mis tres hermanos y yo, recién nacido, escondidos en el Madrid rojo, pasando hambre, frío y miedo- Mi padre intenta nuestra fuga por medio de espías- Conseguimos huir de Madrid con documentación falsa- Casi nos descubre la Policía- Por fin todos juntos (y vivos) en Gondomar- Descripción de las batallas en el frente- Tío Alfonso heroico defensor de Teruel y luego preso de los rojos- La decisiva actuación del Capitán Nicolás Fernández de Córdoba en Sevilla.

OPINIÓN DEL LECTOR:

Me interesaría leer el segundo capítulo:

-Mucho:

-Algo :

-Nada.:



TIO JOAQUIN FERNANDEZ DE CORDOBA
QUESADA - HERMANO DEL ABUELO
¿1885?



YO - 1961